



DIOS Y EL SUFRIMIENTO
UNA APORTACIÓN CATEQUÉTICA
DE HANS URS VON BALTHASAR

1ª Ponencia del XVI EFCSM 2022

Nicolas Faguer

Profesor de francés en una escuela secundaria en las afueras de París. Ha escrito en la Sorbona una tesis sobre Balthasar y Péguy. Colabora en varios proyectos editoriales relacionados con Hans Urs von Balthasar y Adrienne von Speyr.

© 2022. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Dios y el sufrimiento. Una aportación catequética de Hans Urs von Balthasar

Queridos amigos,

Me alegro de poder estar aquí con todos vosotros esta mañana, los que estéis en esta sala y los que estéis siguiendo desde internet. Sé que hay gente de varias partes de España, incluso de varias partes de Europa y de América. ¡Un gran saludo para cada uno!

Decía que me alegraba de estar con todos vosotros y la razón es que tenemos un tema muy bello para meditar: Dios y el sufrimiento. Algunos pensarán sin duda que estoy loco, y que reunirnos a esta hora para hablar del sufrimiento y del dolor, aunque sea en relación con Dios, no sea por cierto lo más bello para un sábado por la mañana. Muchos tendrán tal vez el deseo de escaparse, pero por haberse inscrito no se atreven a hacerlo. Lo siento. Bueno, yo os digo que está muy bien que queráis escaparos de una charla sobre el sufrimiento y no queráis oír nada de ello. Está muy bien, pues eso es lo natural: ¿a quién de nosotros le gusta más sufrir que estar bien? ¿Quién no preferiría una charla de cosas bellas, alegres y luminosas más que ahondar en las realidades varias y múltiples del dolor y el sufrimiento? Nuestra naturaleza intenta escapar de todos los modos posibles al sufrimiento, y es muy bueno y saludable reconocerlo. Más adelante en la charla veremos qué nos dice el cristianismo, cómo nos habla del sufrimiento, cómo nos presenta a un Dios metido en el dolor, a un Dios que muere, a un Dios que abarca nuestro mundo marcado por el sufrimiento. Todo esto, se lo presentaré siguiendo un bellissimo artículo de Padre Balthasar que acaba de ser espléndidamente traducido al castellano en Ediciones San Juan por nuestro amigo Juan Manuel Sara (con la ayuda de Daniele Emanuele Grasso y Giacomo Mussini para la traducción y la maquetación): *Dios y el sufrimiento*¹.

Lo que os quisiera mostrar es lo siguiente: la tendencia natural de la humanidad es, y siempre fue, y siempre será, la de huir de alguna manera el sufrimiento. El cristianismo, por el contrario, nos indica un camino paradójico que va siguiendo la dirección contraria: ir hacia el sufrimiento cuando llega, acogerlo, aceptarlo, y éste misteriosamente se transformará en algo fecundo para mí y los demás.

Dada nuestra tendencia natural a huir del sufrimiento, empecemos entonces por profundizar esta huida. Pero antes intentemos ponernos en la atmósfera del dolor escuchando una magnífica pieza de Purcell sacada de su ópera *Dido y Enea*: “*When I am laid in earth*” (“Cuando yazca bajo la tierra”). La reina de Cartago llora el amor acabado con el Troyano, pues éste la dejó, tras un tiempo de felicidad juntos, para seguir su misión y se fue hacia Roma. Canta la joven soprano francés Eva Zaïcik: https://youtu.be/RR_v0hVZN-4

¹ El libro físico se puede encontrar en la página web de Ediciones San Juan:

<https://edicionessanjuan.es/fr/item/dios-y-el-sufrimiento>

La versión electrónica (PDF) se puede descargar en la web Balthasarspeyr.org:

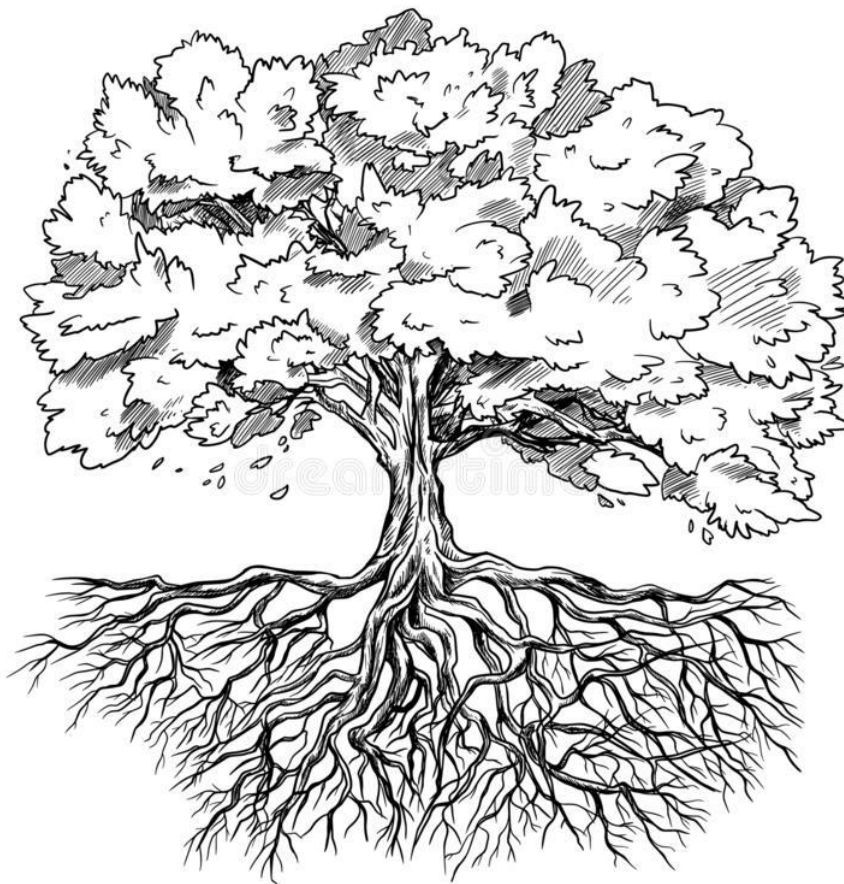
<https://balthasarspeyr.org/book/dios-y-el-sufrimiento/>

Datos del libro: Hans Urs von Balthasar, *Dios y el sufrimiento*, traducción en castellano de Juan Manuel Sara, Ediciones San Juan, Madrid, 2022. Original alemán: *Gott und das Leid*, Informationszentrum Berufe der Kirche, Freiburg, 1984; también en: *Die Antwort des Glaubens*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg, 2005, pp. 79-101.

I. La tendencia natural a huir del sufrimiento

1. El árbol del dolor

Balthasar abre su artículo afirmando que no hay pregunta más “angustiosa” que esta: “¿cómo puede un Dios, en caso de que exista, permitir el sufrimiento espantoso del mundo, y presenciarlo a lo largo de siglos y milenios mientras va continuamente pasando ante sus ojos?”² Y para dar una idea de la variedad y multiplicidad de sufrimientos que hay en el mundo, utiliza una imagen vegetal: la del árbol del dolor:



- En sus raíces está el dolor animal, con el que el hombre está profundamente relacionado: “estos viven persiguiéndose unos a otros y devorándose unos a otros, luchando en constante temor por su existencia y siempre, en algún momento, acaban sucumbiendo: ante el enemigo, ante la enfermedad, ante la vejez y la muerte”³. Pero dado que el hombre tiene consciencia, estos sufrimientos se ahondan y se van diversificando en varias ramas:
 - Dolores que irrumpen desde el exterior: por ejemplo, el debido a una catástrofe natural
 - Dolores que irrumpen desde el interior: pensemos en todas las debilidades del organismo
- Este dolor interior puede ser experimentado de modo físico (hambre y enfermedad) o de modo espiritual (odio, soledad, pérdida del sentido de esperanza ante en sentido de la vida).

² *Dios y el sufrimiento*, p. 7.

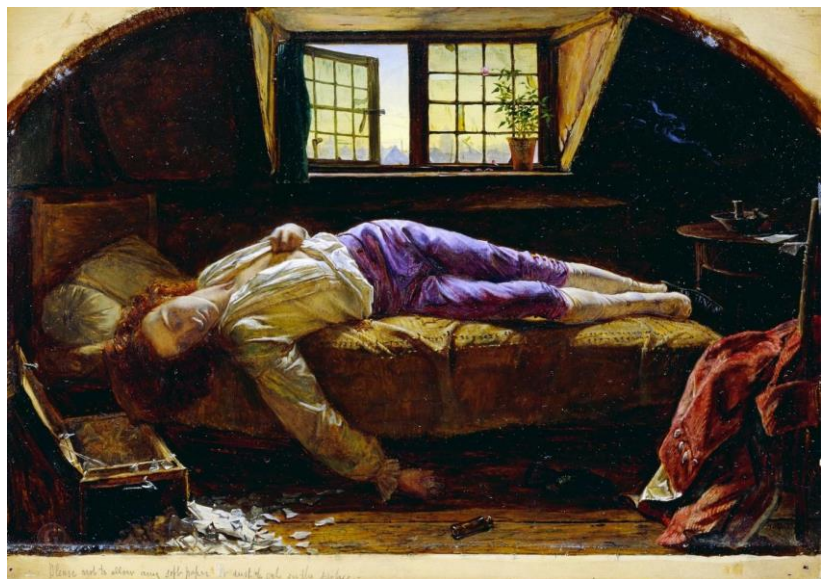
³ *Ibid.*, p. 9.

Recordemos la etimología de las palabras clave en nuestra charla. “Sufrimiento”: el término castellano proviene del latín clásico: *suffere* que contiene *sub* (bajo) + *ferre* (llevar): ese ha dado soportar, o sea llevar algo que nos pesa. “Dolor”: en alemán padre Balthasar emplea *Schmerz* que tiene una relación con el verbo latín *mordere*, morder. Ese verbo se utiliza para seres vivos, con lo cual el dolor se nos aparece personificado en un ser dentro de nosotros, que nos muerde, nos duele, y del que no nos podemos librar. Así el sufrimiento y el dolor son tanto una carga que nos aplasta por encima cuanto una bestia que nos muerde desde dentro. Para este sufrimiento que no podemos aguantar, la humanidad ha proporcionado tres vías de escape.

2. La resignación y el suicidio

La primera vía es la más radical: el suicidio o muerte voluntaria. “Se capitula frente al predominio inadmisibles del sufrimiento, en la creencia de que así uno se libra de él”⁴. El que se suicida no puede aguantar su sufrimiento y entonces acaba consigo mismo. Balthasar subraya dos puntos: primero los suicidas no saben si con su muerte el sufrimiento se acabará de verdad o no (por ejemplo, si uno se reencarnara y tuviera que experimentar nuevos dolores); luego ellos escogen una solución que mira solo al momento presente y a ellos mismos: “Ellos solo ven el ahora, también solo se ven a sí mismos, y dejan el destino de seguir sufriendo a los demás. La solución es puramente egoísta”⁵.

Hay que decir que, en varias épocas, incluso hoy, se les atribuye cierto coraje y admiración a los suicidas. Pensemos por ejemplo en el poeta inglés Chatterton (1752-1770), que prefirió envenenarse con arsénico los 17 años a morir de hambre, en quien los románticos reconocieron el ejemplo del genio no reconocido, y a la famosa pintura de su muerte por Henry Wallis (1856):



Una visión casi mística del suicidio nos describe André Malraux al final de *La Condition humaine* (1933): dos revolucionarios chinos, a punto de ser ejecutados en una cárcel, comparten de manera eucarística una porción de un fármaco mortal antes de que los militares lleven sus cuerpos muertos para ser quemados en un horno espantoso. Toda esta transfiguración⁶ del suicidio se desvela en su fondo, siguiendo a Balthasar, como una ilusión egoísta.

⁴ *Ibid.*, p. 10.

⁵ *Ibid.*, p. 10.

⁶ Cierta transfiguración también se puede notar en el final trágico del joven estudiante suicida en la película *El Club de los poetas muertos* (1989).

3. La huida espiritual

La segunda manera de huir del sufrimiento está más al alcance de todos: diría que es una vía de escape vertical. En cierto sentido es un camino de rebeldía contra el mundo actual. Hay demasiado sufrimiento, el mundo mismo es sufrimiento, las alegrías y los placeres de la vida son una apariencia. No se puede confiar en este mundo. Hay que irse de él, hacia lo alto. Hay que sublimar nuestro yo carnal y elevarlo en las esferas sublimes del Uno total.

Esta actitud tiene algo en común con la rebeldía de los que levantan el puño contra el Creador cruel que deja a los hombres sufrir. Camus escribió en 1951 un libro que se titula justamente *L'Homme révolté (El hombre rebelde)* y vio en este hombre aquel que vive mejor su condición humana, pues no deja a la injusticia dominar y lo hace todo para eliminarla. Pero en cuanto la rebeldía se dirige contra esa imagen torcida de un dios cruel, para Balthasar no tiene mucha fuerza, pues la contradicción teológica entre lo divino y la crueldad no puede ser tomada en serio por ninguno. Mucho más sutil es la rebeldía budista que se distancia del mundo para buscar una paz fuera de él.

Este camino espiritual se encarna por cierto en el budismo en sentido estricto, que tiene tantas exigencias ascéticas y morales inatacables, pero también presenta variantes más baratas: “tantrismo –conocido principalmente como yoga–, dervichismo o, simplemente, drogas”⁷. Balthasar los llama “métodos anestésicos baratos” y, si dice que son “baratos”, no es porque cuesten poco (pues las drogas, por lo que sé, son muy caras, aunque es cierto que una clase de yoga puede ser bastante barata) sino porque no tienen tantas exigencias personales y éticas, a diferencia del budismo estricto. El camino queda sin embargo siempre el mismo: “uno le da la espalda a este mundo en sí incurable, y de esta forma busca su salvación”⁸.

Les diré que desde septiembre 2021 voy a clases de yoga, y me gustan mucho. Ahora bien, leyendo a Balthasar, entiendo cómo ciertas prácticas pueden llevar a esta espiritualización mala. Nuestra profesora nos hace empezar siempre las clases con ejercicios de respiración. Le pregunté una vez por qué considera tan importante la práctica y el control de su propia respiración. Me contestó que eso ayuda mucho a calmar los pensamientos, a dejar que se silencie la pequeña voz que tenemos dentro y que nos molesta. El objetivo es permitir que se vaya de mí todo lo que no es mi ser en el momento presente. No cabe duda de que esto sea algo muy bueno –y por eso entendemos por qué el yoga (y la meditación oriental) tienen tanto éxito hoy en día⁹. Sin embargo, podemos intuir cómo este mismo método puede llevar también a alejarse de lo contingente que me rodea y abrirme una esfera superior que no se deja contaminar con lo difícil y penoso de mi vida y me proporciona un espacio de gozo personal. Balthasar dice que estos caminos de subida espiritual son egoístas¹⁰. No por casualidad, de hecho, las clases de yoga acaban con un agradecimiento a sí mismo. ¿Dónde quedan los demás? La preocupación por ellos está en el centro de la tercera vía de escape.

⁷ *Dios y el sufrimiento*, p. 11.

⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁹ Un día hace un par de años iba a misa en Ciudad Pegaso, en Madrid, y por el camino vi un gimnasio municipal con aproximadamente unas cincuenta personas haciendo algún tipo de meditación y de gimnasia, tal vez yoga. En misa no había más que unas diez o quince personas, en general mayores. Se ve el impacto de estas meditaciones orientales en nuestra sociedad antiguamente cristiana. Pero también hay que tener en cuenta que el yoga y estas técnicas orientales de meditación no van necesariamente contra la oración, sino que se las puede vivir como una preparación mental y física para las distintas tareas del día, incluso la oración.

¹⁰ *Ibid.*, p. 12.

4. El impulso hacia adelante

La respuesta al sufrimiento en el mundo toma aquí la forma de la acción. ¿Cómo podemos reaccionar frente a la injusticia, a la guerra, al hambre, a la enfermedad? Pues poniéndonos manos a la obra. Sea que nos limitemos a una ayuda de urgencia al servicio de los que me rodean, sea que integro mi acción en un plan amplio de renovación de toda la sociedad, incluso de tipo revolucionario. Balthasar menciona como caso ejemplar el comunismo. Cuando escribió su texto, todavía existía la Rusia comunista con sus gulags. Su pregunta hacia el comunismo no toca el anhelo legítimo y, eminentemente humano, de mejorar el mundo y disminuir los sufrimientos, sino la valoración que se hace del sufrimiento actual con respecto a la paz futura:

el verdadero problema de estos sistemas reside menos en la lucha cerrada contra los males –esta lucha parece ser la auténtica tarea de la humanidad– que en el poco valor que se da al individuo que sufre: éste, sucumbiendo, ayuda a pavimentar el camino del progreso de la especie.¹¹

Esto significa que el progreso final justifica los sufrimientos actuales, incluso sangrientos en el caso de las revoluciones. Así, para disminuir los sufrimientos futuros, les damos menos valor a los sufrimientos actuales, a veces los podemos aún aumentar, como pasa en los campos de concentración rusos.

Esta problemática no nos toca directamente en nuestros países de esta manera tan extrema, pero sí que hay formas más blandas del fenómeno. Les daré un ejemplo personal. En la escuela secundaria en la que doy clases, tenemos a dos colegas que son miembros de uno de los sindicatos de izquierda más extremos. Ellos son unos profesionales de la huelga. Te pueden montar un parálisis total de la ESO con que algún colega haya recibido una injusticia por parte de un inspector, con que un puesto de secretaria no sea renovado por cuestiones financieras, con que no se hallen las condiciones sanitarias suficientes para enseñar de manera segura. Los motivos de las huelgas son variados, personales o colectivos, a menudo válidos. Queda sin embargo la pregunta del sufrimiento de hoy: ¿qué hacemos de los alumnos que no pueden tener clase? ¿Qué hacemos con los colegas que no se pueden permitir hacer huelga (hay una caja de solidaridad, pero nunca alcanza para cubrir las pérdidas acumuladas de sueldos)? En este sistema, el mañana justifica siempre los padecimientos de hoy.

Frente al comunismo, que pone manos a la obra con el objetivo de una paz final, Balthasar no contesta en seguida con la visión cristiana, sino que pone de relieve al gran pensador ateo moderno: Friedrich Nietzsche. El genio de Balthasar es poder encontrar elementos valiosos allí donde no nos los esperamos. Publicó varias antologías de la obra del filósofo alemán que muestran cuanto aquel hombre, considerado enemigo público por los cristianos, tiene en realidad mucho para decirles y para ayudarles en su discernimiento. En este artículo, Balthasar subraya lo que se relaciona con la cuestión del sufrimiento: “él no tenía la intención de abolir el sufrimiento del mundo, pues tal cosa le parecía no solo imposible, sino también indeseable, ya que despojaría al hombre de lo mejor de sí: su naturaleza guerrera y depredadora”¹².

¹¹ *Ibid.*, p. 13.

¹² *Ibid.*, p. 14.

Esta visión de la naturaleza humana tiene para Balthasar algo positivo y algo negativo. Primero lo positivo:

¿Se le disputará su tesis, es decir, que el hombre fue puesto en el mundo para abrirse camino luchando y así lograr dar lo mejor de sí, mientras que su estar hastiado de luchar, su prurito de paz a cualquier precio podrían ser más bien signos de su decadencia?¹³

La lucha, y con ella algo de sufrimiento, no sería un momento superable, sino más bien un elemento permanente de la condición humana y un medio para alcanzar su grandeza. Con esto Nietzsche invalida el anhelo de un futuro histórico puramente sin sufrimiento.

Luego lo negativo: el mundo nacido del nihilismo moderno, en el que no hay más esperanza en una vida eterna gozosa, y donde la lucha entre los hombres se ha hecho destructora, corona como vencedores a los más brutales, a los superhombres, y así deja de lado a la multitud de los débiles, que se encuentra hundida en una “pesadilla espantosa”¹⁴. Este mundo recuerda en alguna manera el mundo capitalista, el de los *self made men*, el de los que creen que se han hecho solos y todo lo deben sólo a sí mismos. Un mundo individualista que no tiene espacio para una dimensión comunitaria.

¿Qué sueños quedan en un tal mundo? El de la prosperidad futura, concluye Balthasar, añadiendo que ésta podría ser una cuarta salida desde el sufrimiento. Sin embargo, todos sabemos que no hay prosperidad tan grande que nos quite toda forma de dolor, interior o exterior, físico o espiritual. No podemos escapar entonces al sufrimiento que viene hacia nosotros. La visión cristiana nos abre una puerta para acogerlo y darle sentido. Pasemos entonces por esta puerta, y así entremos en la segunda parte de nuestra charla.

II. La visión cristiana del sufrimiento

1. Contemplar a los que sufren: Job, Isaías, Jesús

La visión cristiana del sufrimiento, subraya desde el inicio Padre Balthasar, no se presenta como una teoría. No hay explicación sobre el por qué existen el sufrimiento y el dolor. Más bien se nos muestran unas cuantas figuras que poco a poco, conforme las vamos contemplando, nos abren al sentido profundo del sufrimiento.

Balthasar no se refiere aquí a la tradición teológica ni a los ejemplos de santos posteriores al Nuevo Testamento. Todo lo refiere a la Biblia, empezando con el Antiguo Testamento. Por cierto, está el relato del pecado y de la caída del hombre, un cuento mitológico que tiene rasgo de teoría; sin embargo, no se le puede sacar mucho más que esto: “el sufrimiento del hombre ha comenzado con su primera desobediencia a Dios”, por lo cual el relato bíblico “vincula el sufrimiento con el alejamiento de Dios”¹⁵. En el Génesis siguen casos varios de sufrimientos debidos a pecados nuevos (Caín que mata a su hermano Abel, fornicación, ataque orgulloso contra Dios con la construcción de la Torre de Babel, etc.) pero nunca una teoría sobre el mal y el sufrimiento.

Por otra parte, el Antiguo Testamento muestra que Dios puede utilizar el sufrimiento para poner a prueba a un creyente particular, incluso al pueblo entero. Eso se ve en una magnífica oración de Judith: “Y como les puso [a Abraham, Isaac y Jacob] en el crisol para sondear sus

¹³ *Ibid.*, p. 15.

¹⁴ *Ibid.*, p. 15.

¹⁵ *Ibid.*, p. 17.

corazones, así el Señor nos hiere a nosotros, los que nos acercamos a Él, no para castigarnos, sino para amonestarnos” (Jdt 8, 27)¹⁶. Aparece entonces aquí un sentido positivo del sufrimiento: Dios pone a la prueba para amonestar, o, según el Nuevo Testamento, porque nos ama.

Ahora bien, este posible sentido positivo del sufrimiento, que así fue experimentado por Judith, Balthasar nos muestra que se va desplegando en la Biblia hasta volverse en un sentido positivo posible para toda la humanidad.

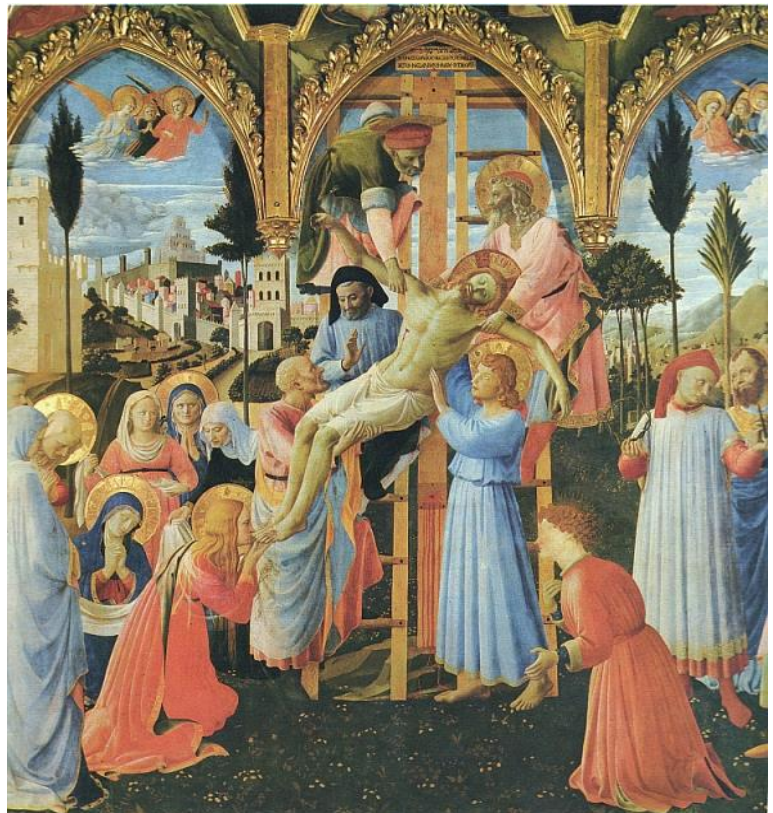
Hay tres escalones:

- Primero nos encontramos con Job, el pagano, el justo, que ha sido puesto a la prueba por el Demonio con el permiso de Dios. Job ilustra cuán falsa es la idea según la cual el dolor es debido al pecado. No, hay otras cosas, y sin duda cosas que se nos escapan, como muestra el final del relato en el que Dios resplandece glorioso, aludiendo a sus misterios infinitos y a la incapacidad de Job y de sus amigos de penetrarlos.
- Segundo, el Servidor de Yahvé en Isaías (cap. 53). La gran novedad que trae éste, y que nos llevará directamente a Jesús, es que sufre no solo por él, sino también por los demás: “por sus hermanos pecadores sufre la más pesada humillación y finalmente la muerte, y por esto mismo es glorificado por Dios y recibe ‘una multitud como parte’”¹⁷.
- En los rasgos del Servidor de Yahvé aparece en transparencia la figura clave de Jesús Cristo, el último escalón. Contemplando a Cristo, no sacamos tampoco aquí ninguna teoría sobre el sufrimiento, pero vemos la manera cómo él lo vivió. En otras palabras, percibimos su praxis del sufrimiento:

Dios en la cruz y en la resurrección de Jesucristo no proporciona ninguna teoría para la existencia del sufrimiento del mundo. Sí, en cambio, ejerce una praxis en virtud de la cual el sufrimiento – aquí nos está concedido decir: en su totalidad– es llevado a un contexto luminoso¹⁸.

Quedémonos entonces en la contemplación del Señor crucificado y resucitado, e intentemos percibir la luz que se nos da sobre la cuestión de Dios y el sufrimiento.

Fra Angélico, *Deposición*
(1432-1434)



¹⁶ Citado en *Dios y el sufrimiento*, p. 18.

¹⁷ *Dios y el sufrimiento*, p. 19.

¹⁸ *Ibid.*, p. 19.

2. La luz que desciende de la Cruz

El hecho de que el Hijo del hombre, el Dios asimilado a uno de nosotros, padezca y muera en la Cruz, nos abre a un primer misterio: el de *la solidaridad entre Dios y el hombre*. No es verdad que Dios está en el Cielo y nosotros en la Tierra, y que desconoce totalmente la condición dolorosa de los que viven en el valle de lágrimas. No es verdad que no sabe nada del sufrimiento. Precisamente la Cruz nos muestra que Él también ha experimentado lo que significa sufrir, en su cuerpo y en su alma. Nada del árbol del dolor le es desconocido. Con lo cual sabemos, en la fe, que Dios, en su Hijo, se ha hecho totalmente solidario con cualquier hombre que sufra. Su posición de crucificado, entre los dos malhechores, ilustra esta solidaridad.

Pero hay que ir más lejos, nos dice Balthasar. Primero porque su sufrimiento nunca se podrá comparar a un sufrimiento humano, por más duro y terrible que sea. Él vive

un ser abandonado por el Dios al que Él llama de una manera muy especial su Padre, con el que está unido como ningún otro y en cuyo «seno» siempre descansa. [...] Este es el sufrimiento más profundo posible: saber por experiencia propia *quién* es Dios y haber perdido a ese Dios, aparentemente para siempre.¹⁹

Luego porque no sufre sólo por solidaridad con los demás hombres, sino que su sufrimiento tiene una eficacia sobre ellos, y sobre cada hombre de cualquier tiempo y de cualquier lugar. Aquí emplea Balthasar un segundo concepto: después del de la solidaridad invoca aquel de la *sustitución vicaria*:

Debemos aceptar el concepto de sustitución vicaria que ya nos es conocido a partir del «siervo de Dios»: uno puede, manifiestamente, expiar por los pecados de muchos. [...] Su sufrimiento no sólo es el más profundo posible, como se ha dicho, sino que también puede ser el que expía por todos, porque tiene el poder de, descendiendo, atravesar y tomar desde abajo todo pecado, pero también todo sufrimiento del mundo, y así transformarlo en una obra del amor supremo.²⁰

Contemplar al Crucificado significa entonces poner la mirada en Aquel cuyo sufrimiento es un cargarse siempre más de los pecados de todos, por amor a cada uno, para que así, a través de Su sufrimiento humano-divino, cada uno pueda ser redimido²¹.

Ahora bien, lo más hermoso, si se puede utilizar esta palabra, es que Jesús no se limita a sufrir por nosotros salvándonos desde fuera, sino que nos ofrece la posibilidad de participar en su obra de salvación. Aquí Balthasar emplea un tercer concepto: el su sufrimiento de Jesús no solo es solidario y sustitutivo sino, “según la concepción cristiana”, también es “*inclusivo*, es decir, da acceso al sufrimiento del otro, que, incluido en el suyo, también puede expiar vicariamente”²². No nos deja entonces puros observadores de su pasión y de su muerte, no nos mantiene alejados de Él como si tuviéramos que recibirlo todo sin ninguna colaboración: Él permite que le llevemos

¹⁹ *Ibid.*, p. 20.

²⁰ *Ibid.*, p. 21.

²¹ Todo el arte español de las procesiones de Semana Santa, con sus tallas, sus músicas, sus hermandades, está dirigido a esta participación en los sufrimientos de Cristo, en una meditación de su obra salvadora, de su entrega a nosotros, para así entrar con Él en el misterio de su resurrección.

²² *Dios y el sufrimiento*, p. 22. Cursiva del ponente.

también nuestros sufrimientos, que se los demos, para que, en Él, se tornen fecundos, siendo incorporados en Su pasión redentora.

Para ilustrar esta posibilidad, quisiera evocar una hermosa imagen poética que Péguy elabora en su *Misterio de los Santos inocentes*. El poeta nos cuenta que Jeannette y Madame Gervaise contemplan la historia de José, y citan cada una, de forma dialogada, los versículos del relato bíblico. En cierto punto, recuerdan el episodio de las vacas gordas y de las flacas. Durante 7 años hubo mucho trigo y José lo almacenó para los 7 años de desdicha por venir:

Él ya había atado los sacos para los graneros de trigo.
Otro ató los sacos de gracias para los graneros de gracias.
Otro ató los sacos de gracias para los graneros del cielo.
Otro ató los sacos de gracias para los graneros Eternos.

Este Otro es claramente Jesús, quien llenó el cielo de sus sufrimientos fecundos.

[...] MADAME GERVAISE
*El pueblo, acuciado por el hambre,
clamaba al Faraón,
y le pedía víveres.*

JEANNETTE
Y hoy,
Y ahora nosotros somos ese pueblo acuciado por el hambre.
Y clamamos a Dios,
pidiéndole víveres²³.

Como pueblo, recibimos de Dios la comida espiritual que necesitamos, y que Jesús almacenó para todas las épocas durante los treinta años de vida escondida, los tres años de vida pública y los tres días de su pasión. Pero somos también un pueblo al que se le permite ofrecer sus propios sufrimientos al Señor para que Él los agregue a sus sufrimientos divinos y así participen para la salvación de toda la humanidad.

3. La aceptación del sufrimiento

Todo lo que hemos visto con Padre Balthasar tiene como presupuesto que aquel que sufre, si es cristiano, acepte y quiera vivir el sufrimiento en relación con el Señor. Hemos visto como la reacción natural es huir del dolor, y este deseo de escape queda sin duda lo más hondo en nosotros. Pero pasan a veces unos momentos de gracia en los que conseguimos abrimos a Dios y le podemos ofrecer libre y gratuitamente nuestros sufrimientos y creemos, en la fe, que esto llegará a ser fecundo de alguna manera.

Este proceso de aceptación es en general muy difícil y constituye un verdadero camino espiritual. Victor Hugo, a quien conocemos por sus maravillosas novelas, tuvo que andar por esta senda cuando, a la mitad de su vida, se le murió la hija mayor, Léopoldine, en un accidente de barco: se ahogó con su marido



²³ *El Misterio de los Santos Inocentes*, en Péguy, *Los Tres M*

en el Sena, con 19 años, el 4 de septiembre de 1843, a los seis meses de casada.
El dolor del poeta fue inmenso:

Oh! je fus comme fou dans le premier moment.
Hélas! et je pleurai trois jours amèrement.

¡Oh! estuve como loco en el primer momento.
¡Ay! y lloré tres días amargamente.

Tiene momentos de rebeldía terrible:

Je voulais me briser le front sur le pavé;
Puis je me révoltais, et, par moments, terrible,
Je fixais mon regard sur cette chose horrible,
Et ne j'y croyais pas et je m'écriais: non!

Quería destrozarme mi frente en el suelo;
Luego me rebelaba y, en ciertos momentos, terrible,
Fijaba mi mirada sobre esta cosa horrible,
Y no lo podía creer y gritaba: ¡no!

El poeta sufre tanto que tiene alucinaciones. Le parece oír a su hija reír en la sala del lado, la imagina entrar por la puerta. Luego en otro poema escribe sobre su Léopoldine pequeña, cuando entraba en su despacho y le desordenaba sus papeles y hacía dibujos en sus manuscritos. Alternan en los siguientes poemas momentos de tiernos recuerdos y de cólera, de rebeldía, pero poco a poco todo su “no” se transforma en un “sí”, y la luz de la aceptación viene a aclarar el alma oscurecida de Victor Hugo que puede decirle a Dios, al final:

Je viens à vous, Seigneur, père auquel il faut croire ;
Je vous porte, apaisé,
Les morceaux de ce cœur tout plein de votre gloire
Que vous avez brisé ;

Je viens à vous, Seigneur ! confessant que vous êtes
Bon, clément, indulgent et doux, ô Dieu vivant !
Je conviens que vous seul savez ce que vous faites,
Et que l'homme n'est rien qu'un jonc qui tremble au vent ;

Je dis que le tombeau qui sur les morts se ferme
Ouvre le firmament ;
Et que ce qu'ici-bas nous prenons pour le terme
Est le commencement ;

Je conviens à genoux que vous seul, père auguste,
Possédez l'infini, le réel, l'absolu ;
Je conviens qu'il est bon, je conviens qu'il est juste
Que mon cœur ait saigné, puisque Dieu l'a voulu !

Je ne résiste plus à tout ce qui m'arrive
Par votre volonté.
L'âme de deuils en deuils, l'homme de rive en rive,
Roule à l'éternité.

*

Vengo hacia ti, Señor, padre en quien se debe creer;
Y te llevo, apaciguado,
Los pedazos de este corazón todo lleno de tu gloria
Que has destrozado²⁴;

Vengo hacia ti, ¡Señor! confesando que eres
Bueno, clemente, indulgente y dulce, ¡o Dios vivo!
Reconozco que tú solo sabes lo que haces,
Y que el hombre no es más que un junco que tiembla en el viento;

Digo que la tumba que sobre los muertos se cierra
Abre el firmamento;
Y que lo que aquí abajo consideramos como el término²⁵
Es el inicio;

Reconozco de rodillas que tú solo, padre augusto
Posees el infinito, lo real, el absoluto;
Reconozco que es bueno, reconozco que es justo
Que mi corazón haya sangrado, ¡pues Dios lo quiso!

Ya no resisto más a todo lo que me pasa
Por tu voluntad.
El alma de duelo en duelo, el hombre de orilla en orilla
Rueda hacia la eternidad²⁶.

Conclusión

Podemos concluir mirando a Aquella que está a los pies de la Cruz y que dice también, con mucho dolor, su sí, y que se nos ofrece como anillo intermediario para que nuestro sufrimiento, ayudado por su sí, se transforme en un sí al Señor y pueda entrar en Su propio sufrimiento redentor. No es por casualidad que se le ha llamado a María la Virgen de los Siete Dolores, y no es casualidad que se le apareció a Bernardita en Lourdes para que surgiera un lugar donde los hombres puedan aprender a no huir más del sufrimiento, sino a ofrecerlo en sustitución vicaria al Señor para la salvación del mundo. De hecho, la mayoría de las sanaciones en Lourdes no son milagros corporales, sino cambios espirituales profundos: almas rebeldes, en cólera con Dios, que se abren poco a poco a la

²⁴ Destrozado se refiere al corazón.

²⁵ Término en sentido de fin.

²⁶ Hemos traducido el “vous” (Usted) hacia Dios con “tú” en castellano. Se trata aquí de versos sacados de la sección “*Pauca meae*” de *Las Contemplaciones* de Victor Hugo (publicadas en 1856, el mismo año que la pintura de Wallis enseñada precedentemente). En esta sección el poeta habla más explícitamente de su hija Léopoldine, cuando estaba en vida y ahora que está muerta. Los primeros versos son una parte del poema V de “*Pauca meae*”, y las cinco estrofas finales son una parte del poema XVI (“*À Villequier*”: en Villequier, en donde se encuentra la tumba de la joven). El título de la sección, que se puede traducir por “algunos versos para mi hija”, alude al “*Pauca meo*” de Virgilio, al inicio de su décima bucólica: “algunos versos para mi querido Galo”. El poema XV, que precede y anuncia la visita de Hugo a la tumba de Léopoldine en el poema XVI, es uno de los más famosos de la poesía francesa. Se titula “*Demain, dès l’aube*”, “Manana, al alba”, y cuenta el viaje que hará el poeta al día siguiente hasta Villequier, donde dejará flores sobre la tumba de su hija. Todos los alumnos 2º de ESO que siguen mis clases de lengua y literatura francesa aprenden “*Demain, dès l’aube*” de memoria, como muchísimos otros chicos de habla francesa.

voluntad divina y consiguen aceptar lo que les toca vivir y alcanzan a decirle un sí al Señor y ofrecerle sus propios sufrimientos.

Volvamos entonces por último a la pintura de Fra Angelico: se ve a la Virgen un poco detrás, de rodillas, mediando en cierto modo entre los que están en el fondo, y los que se han acercado al Señor: María Magdalena, San Juan, Nicodemo. La Virgen es quien nos ayuda a todos nosotros que estamos en general en el fondo, hundidos en nuestros sufrimientos, a acercarnos al Señor y, como la Magdalena, a besarle los pies y entregarle así nuestros dolores para que Él haga de ellos algo fecundo para el mundo.



Nicolas Faguer.